

EL PUENTE DE LA MUERTE

-Abuelo, de las noches de esfoyaza, ¿no sabes más historias?

-Sí, sé alguna más, pero no os van a gustar porque hablan de fantasmas...

-Sí, porfa... -las dos a la vez.

-Mi padre, vuestro bisabuelo, tenía un primo con el que se llevaba muy bien que era hijo de su tía Cesárea y que se llamaba Amado. Vivía en los Chaos, en un pueblo no lejos de la villa de Grandas, en Vilabolle, y a veces también bajaba a Sanfelíz para ayudar en algunas faenas; y aquel año concretamente bajó para la esfoyaza porque había habido una gran cosecha de maíz.

Estábamos en el desván, yo tenía algo de sueño y mi tía me puso una manta a su vera para acostarme. Pero mi intención no era esa porque Amado contaba unas historias muy bonitas, aunque aquella noche empezó diciendo:

-¿Sabéis como llaman ahora al puente de Villarmarzo?

-Será Puente de Villarmarzo, como siempre, replicó alguien que ahora no recuerdo.

-Pues no, ahora le llaman "Puente de la Muerte".

-Félix miró hacia mí, preocupado, para dirigirle la pregunta a Amado- ¿Es que se apareció allí la muerte?

-Bueno, algo parecido -dijo Amado-. Entonces ¿no sabéis lo que le pasó a don Pepón de los Oscos?

-Don Pepón era un señor muy rico de los Oscos, de aquellos que se decía "de silla y caballo" que tenía muchas caserías y muchos caseros por todo el contorno del río Agüeira.

-Nunca nos hablaste del río Agüeira. -Dijo Sara, aunque también se veía que era la pregunta de Isabel.

-El río Agüeira es un río afluente del Navia, ya sabéis por el río del Oro que afluente es aquel río que desemboca en otro mayor.

-Y ¿qué quiere decir señor de silla y caballo... y casero?

-Muy buena pregunta Sara. En aquella época y en aquella zona apenas había coches, la gente, entre los pueblos, se desplazaba bien a pié ó a caballo. Y caballo no todo el mundo lo tenía. Los más ricos, que podían tener uno ó varios, se distinguían por muchas cosas, pero una por la que más se veía que eran ricos era por su lustroso y potente caballo, por la silla y bridas de cuero, por las relucientes polainas y por las destellantes espuelas, como decíamos en la historia de Adela... ¿os acordáis?

-Este señor, ¿también tenía un pazo?

-No, pero sí una casa solariega con escudo... –sorprendentemente no hubo pregunta sobre ¿qué es una casa solariega?, interesándose las dos solo por la continuación... Ah sí, y caseros eran aquellas personas más pobres de los pueblos que ni siquiera la casa ni las tierras que trabajaban eran suyas, por eso tenían que pagar parte de su cosecha y de los ganados a don Pepón.

-¿Ni casas ni tierras? ¿Todo era de don Pepón? Eso no es justo... ¿verdad abuelo? –la pregunta y aseveración de Isabel me sorprendió en una niña de su edad y me ponía en un aprieto para dar una respuesta adecuada.

-Sí, si... no es justo, pero dejadme continuar con la historia. Amado nos miró a todos y dijo:

-Aun se me pone la piel de gallina, pues yo había pasado por el puente al anochecer dos días antes...

-Antes ¿de qué? –Volvió a interpelarle Félix. Pero el viento del otoño, el de las castañas ó del sur como le llamábamos allí, quiso responder por Amado, y de entre las losas del tejado salió un fuerte silbido que hizo que yo me acurrucase en la manta, al lado de mi tía.

-Pues veréis, hace una semana don Pepón anduvo visitando sus caserías por los pueblos más cercanos a Villamarzo y, en algunas de ellas, recogiendo el dinero que le correspondía por la venta del ganado.

Como siempre se entretuvo charlando con los aldeanos haciendo tiempo para que se le hiciera de noche, pues él se veía con la mujer del molinero y no quería cruzar el puente de día para no ser visto. Además la mujer del molinero permanecía en el molino hasta altas horas de la noche mientras su marido subía al pueblo para despachar el ganado y ultimar las faenas propias de la labranza. Esta operación don Pepón la repetía a menudo, cada vez que quería verse con la molinera.

Como os decía, el sábado pasado don Pepón, después de abandonar el molino, sentado en su caballo, llegó a la mitad del puente. De pronto el caballo se paró en seco dando un fuerte relincho y levantado la cola y una de las patas delanteras en señal de amenaza, cuando desde el bosque que había enfrente salió una voz como de ultratumba que decía:

-¡Detente! Dime ¿de donde vienes?...

Se agarró fuertemente a las bridas y contestó atemorizado:

-Vengo de recorrer mis haciendas.

– ¡No mientas, yo sé de donde vienes! -Viéndose superior, desde su montura, y suponiendo la cobardía de quien se escondía tras los árboles en la oscuridad, le dice:

-¡Muéstrate, seas quien seas! -De pronto surge un resplandor de entre el follaje, como un fantasma:

-¡Soy la Muerte y llegó tu hora!

-En este momento la puerta de atrás del desván, la que daba a la panera, se cerró de repente con un estruendoso golpe... Todos quedamos paralizados mirando hacia allí, pero no se veía nada, solo oscuridad... Mi tía nos sacó de la situación diciendo:

-Es el viento-. Y Amado continuó el relato.

-El caballo, ante aquella aparición se espantó, se levantó sobre los cuartos traseros, y el jinete cayó de la montura precipitándose desde lo alto del puente.

Se cuenta que porque acertó a pasar Parece ser que lo y don Pepón tuvo tiempo había ocurrido, de cómo muerte... y después



la historia se supo por allí el molinero. encontró aún con vida de contarle lo que le se le apareció la expiró.

Desde luego, porque al día siguiente, casas de los caseros que rentas por la venta de los ganados, apareció íntegro todo el dinero que habían dado a don Pepón.

fue algo sobrenatural, a la puerta de las habían pagado las

habían pagado las

Y desde ese día ya llaman al puente de Villarmarzo "el Punte de la Muerte".

-Todos miran a Amado y le dirigen la misma frase:

-Pues no sabíamos nada, pobre don Pepón... -Como queriendo olvidar la historia, Isabel y Sara preguntan:

-¿Nosotras conocemos a Amado?

-No, porque Amado, con toda su familia, se fue hace muchos años para la Argentina, y vive con sus hijos y sus nietos en Buenos Aires.
